



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

Cuerpo y alma del estilo

Conocerse desnudo

Al rededor del estilo

VI

Escribí lo anterior en esta soleada celda de nuestro hotel-prisión de Fuerteventura —aquí mismo habita el pobre policía encargado de vigilarnos—, frente a la mar serena que me sonríe y sonríe a nuestras tragedias flaquezas y me arrulla con su canto más viejo que la historia. Al escribirlo no tenía a mano ningún ejemplar del Antiguo Testamento—sólo el *Novum testamentum graece*, el texto original del Nuevo Testamento que me acompaña en mis andanzas y visiones todas—, y no pude, según mi estilo, especificar las citas del *Genesis* que allí hacía. Y ello me escarabajaba. ¡Estoy tan hecho a ese remedo de los eruditos exégetas! ¡Me divierte tanto hacer alarde de erudición, sobre todo cuando ello es fácil, para reírme así mejor de los sabios! Y ese escarabajeo me llevó a salir de mi celda, ir a buscar al párroco de este lugar de Puerto Cabras, nuestro excelente amigo y más constante compañero de paseo, y pedirle un ejemplar de la Biblia.

El excelente párroco—¡jamás le olvidare-

mos y así fueran todos como él—me ha traído un *Breviarum romanum ex decreto S. S. Concilii Tridentini*, o sea un Breviario, señalándome en su parte primera el rezo correspondiente a la *infra hebdomadam septuagesimae*, y allí en las lecciones I y II de la *feria quarta* he encontrado el capítulo III del *Genesis*, donde se nos cuenta lo de conocerse el hombre desnudo y haberse hecho el primer traje. Y he aquí

que me encuentro con que primero fué vestirse y después el encuentro con el Señor. Lo que demuestra lo peligroso que es fiarse uno de su memoria.

Dice, en efecto, el texto del Breviario que luego que Adán comió del fruto del árbol de la ciencia del

bien y del mal que le dió a comer Eva, se les abrieron los ojos a ambos, *et aperti sunt oculi amborum*. Pínto los acentos en latín según el estilo del Breviario, porque no todos los curas tienen al dedillo lo de las sílabas breves y largas. Y deduzco que fué después de haberseles abierto los ojos al Hombre y a la Mujer, al primer hombre y la primera mujer, a los que iniciaron la historia, cuando se miraron uno a otro en las niñas de sus ojos, cuando cada uno de ellos se vió en ellas y cuando se conocieron a sí mismo. Y al conocerse conocieronse desnudos.

Cumque cognoscissent se esse nudos...

«Como se conociesen desnudos...», sigue diciendo el texto. Y conocerse desnudo es **desnudamente** conocerse. El que no se conoce desnudo, el que no se desnuda a sus propios ojos, no se conoce. Conoce, a lo más, el traje que lleva

puesto; no su traje. Porque no basta llevar puesto un traje para que sea de uno mismo.

Se conocieron desnudos y cosieron hojas de higuera—*consuerunt folia ficus*—y se hicieron delantales—*et fecerunt si bi perizomata*. Y fué después de esto cuando oyeron la voz del Señor que se paseaba por el paraíso tomando el fresco de la tarde—*ad auram post meridiem*—y cuando Adán y su mujer se escondieron detrás de un árbol.

En cierta ocasión salió un soldado de uniforme a horas ya de retreta, y como viese venir a un oficial, se escondió detrás de un árbol. Al día siguiente, el oficial, encarándose con el soldado en el cuartel—el soldado era un cuota—, le preguntó: «¿Cómo es que le ví a usted anoche en la Alamedilla?», y el soldado contestó: «Porque el árbol era muy delgado.» Para el Señor todos los árboles son delgados. ¿Qué es un tronco junto a la inmensidad?



ER SIDAD
DE SALAMANCA



El Señor llamó a Adán, y según su estilo le preguntó: «¿Dónde estás?» *Ubi es?* Y entonces fué cuando el pobre Hombre contestó —no respondió— que temió por encontrarse desnudo y se escondió. Tenía miedo de su desnudez y de Dios. ¿Pero, era el miedo de su desnudez el que le hacía temer a Dios, o era el miedo de Dios el que le hacía temer su propia desnudez? Y a la par, la desnudez de Dios. ¡Terrible problema!

Sí; terrible problema en que se encierra el misterio del estilo que es el misterio de los misterios. Y toda la teología de la poesía se encierra en esto: en si el miedo a nuestra desnudez es lo que nos hace temer a Dios, o si es el miedo a Dios lo que nos hace temer nuestra desnudez. Y lo que nos mueve a vestirmos frente a Dios, a vestirmos para Dios, a vestirmos para nosotros mismos, a vestir nuestra sinceridad. Porque la sinceridad es ya un traje, es una vestidura, es un estilo, es forma.

¡Ah, si todos esos majaderos que hablan a tontas de mis paradojas hubiesen alguna vez ahondado en el trágico problema de la sinceridad! ¡Ah, si todos esos que necesitan que les pinten los acentos en el latín se hubiesen desnudado alguna vez a sí mismos y frente a Dios! Pero aquí, frente a mí, están la mar y el cielo mirándose a las niñas de los ojos, y aquí, abrazándome el alma, ciñéndomela, está el Señor que me pregunta: «¿Dónde estás?»

¡Aquí estoy, Señor!

Miguel de UNAMUNO

